



## DEJANDO PASAR LOS TRENES

.....  
de Alicia Giménez Bartlett

En mi viaje soñado no importa el destino final, sino el viaje mismo. Tiene un nombre que lo explica todo: el Transiberiano. Desde bien pequeña me gustaba viajar en tren, sigo igual. Soy capaz de pasarme horas embarcada en uno sin sentir fatiga, tampoco aburrimiento ni deseos de llegar. Es como una interrupción de la realidad, tan machacona y cotidiana. En el tren te mueves, vives, observas, pero él te protege, te transporta, decide por ti.

Recuerdo los “coches cama” que te conducían desde Barcelona a Madrid en el trascurso de toda una noche! La compañía se llamaba “Wagons lit cook”. El comedor era fantástico, como sacado de una novela de Agatha Christie. Por supuesto estaba remodelado, pero con tanta autenticidad que la cocina funcionaba con leña. Eso hacía que el aire oliera genial. Creo que fue en aquellas noches que yo me montaba románticas y fantasiosas, cuando empecé a soñar con el Transiberiano. La idea/ imagen era siempre la misma: yo sola en mi departamento, leyendo a Dostoievski, con un vasito de vodka al que de vez en cuando le pegaba un tiento. Levantar la vista y... las estepas interminables, duras, históricas, sembradas de sufrimiento humano, de leyenda, de misterio. Mejor si estaban nevadas, claro está.

Fue pasando la vida, la vida siempre pasa, y estudié, me casé, tuve hijos, viajé... aunque sin cumplir nunca mi sueño ferroviario. Al siempre pospuesto plan se iban añadiendo mis conocimientos: visité Rusia, leí a muchos autores rusos: clásicos, soviéticos, post soviéticos... me empollé libros que contaban la historia del célebre tren: su creación, sus diferentes ramales, su influencia política y bélica... Tales adquisiciones no variaban sin embargo mi imagen ideal: el departamento, el libro, el vodka y la inmensidad siberiana.

Llegó al fin el momento en el que todas las circunstancias se mostraban proclives a viajar en el tren de mis fantasías. Empecé la preparación del itinerario con un resultado muy real: el viaje podía hacerse en las líneas rusas habituales o en un tren de lujo especial para turistas. Descarté en principio la segunda opción por motivos obvios. Deseaba que todo fuera “de verdad”. Pero la verdad tiene sus propias reglas: no se podía hacer el viaje de un tirón, sino subiendo y bajando en estaciones intermedias, los compartimentos eran de una sobriedad apabullante y se necesitaban un montón de días para completar la hazaña. Enfrentándome a los hechos concluí que no me sentía con ánimos de someterme a semejante palizón. Me informé de los detalles de la segunda posibilidad. El tren era precioso, los departamentos estupendos, pero el maldito tren turístico viajaba solo por las noches y se detenía a menudo en hoteles desde donde se visitaban en grupo las maravillas del lugar. Con esa perspectiva, ¿cómo

iba a yo a contemplar el panorama, trago va trago viene, mientras avanzaba capítulo a capítulo en “Los hermanos Karamazov”? Yo quería viajar todo el rato, no salir de mi mundo autoinducido, un cuerno me importaban las ciudades por las que se me proponía pasar. Y debía contar con el peligro añadido de oír graznar todo el tiempo a un jubilado norteamericano al que seguro acabaría odiando al llegar a la etapa final.

Ahora sé que nunca realizaré mi viaje soñado y sólo por una razón: ese viaje no existe ni ha existido jamás. Simplemente no puedes subirte a un tren y “tirar millas”, ni abismarte en un mundo privado, ni dejar pasar las horas sin sentir. Todo está concebido para llegar, para despertar, para darte de narices con algo concreto, para tener objetivos, para desplazarse hasta una realidad con nombre y número de habitantes.

Dice una amiga psiquiatra que no se deben idealizar las situaciones: piensas en el “príncipe azul” y te sale un gañán. Te imaginas a ti mismo durmiendo apaciblemente bajo un cocotero y la caída accidental de un coco te lleva hasta Urgencias con el consiguiente follón. ¡Espantoso! ¿Con qué soñar entonces, con las eternas colas de embarque en un aeropuerto? ¡Ah, no, que no cuenten conmigo! Yo me quedo en mi casa tan fresca bebiendo una copa de vino. Y, sin embargo... ¡en el fondo me encanta viajar!

EL VIAJE COMIENZA AQUÍ



DESDE  1924

RAMÓN BILBAO